Ilustración 1. En la calle San Miguel del Príncipe del barrio La Candelaria, Carlos Ariel Betancourth apreció tres balcones corridos y un gran pórtico. Ingresó por este, se anunció en la recepción del lugar y le indicaron el camino por seguir. En el patio central vio un enorme árbol: era un naranjo tan diluviano como la misma casa y protegía con su sombra serena una bella capilla de estilo virreinal.

I

LA VIEJA CASONA DE LA CALLE SAN MIGUEL DEL PRÍNCIPE

La ciudad era un torrente de arterias anónimas. Vehículos ruidosos y transeúntes con sus sueños, ilusiones y fracasos personales a cuesta circulaban de oriente a occidente y de sur a norte, en la más sórdida de las situaciones cotidianas. Carlos Ariel Betancourth caminó desde los cerros Orientales hasta la Avenida Caracas, entró a Transmilenio y abordó un articulado con dirección al centro de la ciudad. “Un ruta fácil, le habían indicado en el convento”.

—¡Es la segunda vez que subo en Transmilenio! —pensó—. La primera había sido una década atrás, cuando el sistema iniciaba operaciones. Esos primeros días los bogotanos podían acceder a él sin pagar, recorrer la ciudad, conocer las estaciones y portales como medida pedagógica para acercar a los ciudadanos al nuevo sistema de transporte urbano. Le tocó de pie, como a muchos otros pasajeros, héroes anónimos del sistema.

Al lado suyo, dos jovencitas hablaban de algunas actividades universitarias. Una de ellas tenía un tatuaje al final de la espalda, mientras que la otra exhibía sin pudor dos *piercings*, uno en la lengua y otro en el ombligo. Se abstraigo de esta situación. Luego pasó revista por todo el articulado. Algunos pasajeros chateaban a través de su BlackBerry,

navegaban en Internet o visitaban sus redes sociales, otros escuchaban música por medio de sus teléfonos multipropósitos.

Los pasajeros entraban y salían del articulado en cada una de las estaciones en las que este hacía sus paradas habituales. Tres jóvenes con camisetas de Millonarios habían ingresado y se ubicaron justo detrás de él, los escuchó hablar de lo humano y lo sobrenatural de su equipo del alma. Las voces de los interlocutores venían acompañadas de un sonsonete muy particular, pues cada palabra pronunciada por ellos, era arrastrada de manera singular, produciendo un sonido muy característico. Los muchachos exhibían su ropa interior y traían puesto, cada uno de ellos, *jeans* ‘descalsurriados’.

—La intimidad como espectáculo —dijo— recordó entonces, que su hermano Rubén Darío había estado leyendo días atrás un texto de una socióloga argentina, Paula Sibilia. “Sibilia describe, en este texto, las características de la sexualidad juvenil”, —le dijo Rubén Darío en esa ocasión.

El articulado hizo su arribo a la estación de la Avenida Jiménez, punto de llegada. La estación era un río humano, la gente caminaba presurosa, cuidando con mucho recelo sus objetos personales, cruzó el conector y salió a la Plaza de San Victorino. Carlos Ariel conocía muy bien el Centro, pues en sus años de estudiante de filosofía y teología lo visitó en muchas ocasiones, con el fin de adelantar sus trabajos, tareas y actividades académicas en la Biblioteca Luis Ángel Arango. En el lugar vio a un hombre enano vestido de mariachi, cantaba una canción de Vicente Fernández, la voz de este héroe de la música ranchera salía a través de un amplificador acondicionado para tal fin. Alrededor del cantante se aglutinaban un sinnúmero de curiosos espectadores, se divertían con la gracia con la que el hombrecillo cantaba y ojeaba a la vez un cubilete de peltre en el que tenía algunas monedas.

No se detuvo a contemplar el espectáculo del homúnculo. Tiempo después llegó a la Plazoleta del Rosario, algunos ciudadanos leían el periódico, otros conversaban acerca de la corrupción, la pobreza, la

guerrilla, el hambre o el desempleo. Hizo una pausa en su recorrido, miró la complejidad de la plaza y se trasladó en el tiempo, recordó sus años de adolescente cuando iba a la Plaza Principal de Manzanares a flirtear con algunas amigas los viernes por la noche. Atrapado en sus recuerdos siguió su avanzada, subió por la calle 12, antigua calle San Miguel del Príncipe, hasta la calle Segunda, sacó de uno de los bolsillos de su traje un papel en el que traía anotada una dirección: Calle 12, 2-41 —dijo. Llegó a una casona.

En la fachada de esta apreció tres balcones corridos y un gran pórtico. Ingresó por este, se anunció en la recepción del lugar y le indicaron el camino por seguir. En el patio central vio un enorme árbol: era un naranjo tan diluviano como la misma casa, protegía con su sombra serena una bella capilla de estilo virreinal. Subió por unas escaleras crujientes y llegó hasta las oficinas del Instituto Colombiano de Antropología e Historia (Icanh), allí vio a Luis Eduardo, impaciente e irascible, tenía puesta una camisa blanca, las mangas recogidas hasta los codos dejaban ver una ancha pulsera de cuero en su muñeca derecha, su corbata roja, muy juvenil, contrastaba con dos cargadores elásticos que le colgaban a lado y lado de las piernas. Parecía un actor de telenovelas, un abogado, un estudiante o un ingeniero, menos un sacerdote dominico.

—Hola, sacristán —dijo Luis Eduardo.

—Hola —respondió Carlos Ariel con una risa sardónica.

—¿Qué sabes de Rubén?

—¡Mmmm!

—Aquí estoy —dijo Rubén Darío mientras subía por las escaleras.

Los tres eran frailes de la Orden de Predicadores, sacerdotes dominicos. Habían llegado al lugar a entrevistar al director del Icanh, Fabián Sanabria, quien podía ayudarlos a descifrar la pregunta que meses atrás se habían formulado, la misma que los conduciría por el camino de la innovación educativa. Después de muchas disquisiciones,

Rubén Darío, Luis Eduardo y Carlos Ariel, los tres acordaron que el derrotero de esta empresa sería ¿Cómo, desde lo cotidiano, el Colegio Santo Tomás de Aquino puede realizar su quehacer pedagógico? Como rector, vicerrector y síndico, respectivamente, del Colegio Santo Tomás de Aquino se habían hecho a la idea de crear una propuesta educativa coherente con las necesidades juveniles actuales.

Es un ejercicio de responsabilidad social: primero, porque el colegio que presidían había sido el primero en el país, fundado en 1573. Segundo, porque el tomismo, fundamento espiritual y epistemológico de la orden fundada por Santo Domingo de Guzmán, no podía ser ajeno a los nuevos requerimientos que demandaba la sociedad colombiana. “Los dominicos desde que pusieron pie en suelo colombiano han estado comprometidos con el devenir histórico del país. Los libros de historia dan cuenta de la participación de estos en el proceso de independencia de Colombia” —acuñó Rubén Darío en aquella oportunidad.

—Buenas tardes —dijo un joven alto y escuálido—. Mi nombre es Andrés, asistente del doctor Sanabria, él los espera en su oficina. ¡Sígueme por favor! e indicó el camino. Tiempo después los tres frailes y el Director del Icanh estaban sentados alrededor de una mesa circular frente a frente.

—Doctor Sanabria, estamos aquí con el fin de invitarlo a participar en un foro educativo el próximo 15 de febrero de 2013 —dijo Carlos Ariel, después de una lacónica presentación.

—Con mucho gusto —respondió Sanabria, quitando de su cabeza un sombrero negro como los que usaba Gardel. Era un hombre de estatura normal, usaba lentes de montura negra y gruesa. Su mirada penetrante no daba lugar ni a vacilaciones ni equívocos. ¿Cuál es el tema?

—Lo cotidiano —dijo Rubén Darío.

—¡Muy bien! —repuso satisfecho Sanabria ¿Dónde van a realizar el foro?

—En el Colegio Santo Tomás de Aquino —Respondió Luis Eduardo.

—Doctor Sanabria, en vista de su respuesta positiva es nuestro deseo entrevistarlo para conocer sus consideraciones acerca del tema en cuestión.

—Agregó Rubén Darío, además, contar con sus apreciaciones obedece a un interés metodológico de nuestro proyecto de investigación.

—Con mucho gusto —asintió el director del Icanh.

Los frailes se miraron entre sí. Un gesto cómplice de Luis Eduardo a sus hermanos de orden fue el signo revelador de buenos presagios. Por fin el proyecto de investigación en el que los tres habían trabajado largas semanas iniciaba su curso. Acto seguido, sacó de su pantalón una grabadora, la encendió y la colocó sobre la mesa.

—Doctor, Sanabria ¿Por qué la escuela debe hablar de ‘lo cotidiano’?
—dijo Carlos Ariel.

—Lo cotidiano tiene que ver con el aquí y ahora —contestó Sanabria—. Una de las cosas más maravillosas de la obra *8 r y tiempo* de Heidegger es el *ser-ahí*, “el *Dasein*”. El ser no puede estar allá lejos en la estratosfera, sino que está aquí y ahora, aquí y ahora se juega todo en el cuerpo, en las relaciones sociales, en el día a día. Entonces, lo cotidiano ha estado muy olvidado, porque en la historia de Occidente y la historia de las ideas occidentales fundamentalmente, hemos creído que construyendo grandes teorías racionalistas estábamos dando cuenta de la realidad, y probablemente, lo que estábamos construyendo eran abstracciones. Abstracciones que si bien sirvieron en algunos momentos para entender la realidad, hoy están cada vez más perdidas de la realidad. Inclusive hay categorías que hoy están mandadas a recoger, pero se pueden actualizar. Y, obviamente, la mejor actualización tiene que ver con ‘lo cotidiano’. Es decir, lo cotidiano es esa dimensión que nos posibilita participar de la vida, de la naturaleza, del día a día. Entonces, si la escuela está distante de lo cotidiano no sirve, estaríamos perdidos nosotros mismos. Por ello, la escuela tiene que hablar de lo cotidiano, es fundamental pensar el aquí y el ahora.

—Pensar el aquí y el ahora, entonces, sugiere algunas “maneras de hacer, pensando como Michael de Certeau”.

¿Cuáles serían esas maneras de hacer de los docentes, de los directivos docentes, de los padres de familia, de los estudiantes? —interpeló Rubén Darío.

—En primer lugar, entender que el docente, el maestro o el profesor es un orientador. Es alguien que guía, no es alguien que se las sabe todas porque lo cotidiano todos los días cambia, todos los días se transforma. Lo cotidiano siempre es nuevo, uno no lo puede programar por más rutinario que parezca, aún la rutina más monacal que uno se pueda imaginar siempre aporta algo nuevo. En este sentido, los maestros, los profesores, los educandos, los padres de familia tienen que dejarse sorprender por lo cotidiano. Lo cotidiano es que de pronto uno se mojó y se pegó un aguacero, o que se le cayó una teja encima, o que está probando un jugo completamente nuevo de una fruta que no conocía. Entonces, dejarse sorprender por lo cotidiano es dejarse sorprender e interpelar por el milagro de la vida y de la historia, que no es una cosa que uno no se figure como introducción, nudo, desenlace, tesis, antítesis, síntesis. No, sino que se está jugando permanentemente, probablemente no tiene solución, probablemente lo cotidiano tiene más un sentido, más que melodramático, tragicómico. Es decir, es chistoso pero al mismo tiempo no tiene remedio, es así, es casi como un destino.

Es muy importante sentir y aprender eso cotidiano, desde la escuela, desde los saberes aún más abstractos —hizo una prolongada pausa, miró fijamente a los frailes y continuó—. Recuerdo que aprendí matemáticas gracias a dos personas que quiero mucho: uno es Carlos Eduardo Vasco, jesuita, profesor en Harvard y de la Universidad Nacional, fue mi profesor de lógica Antanas Mockus. Ellos me enseñaban matemáticas con los baldosines y con las simetrías de las mochilas guajiras, hacían ecuaciones diferenciales. Desde entonces, para mí las matemáticas siempre fueron algo muy concreto, no una gran abstracción. Lo que me quedó de todo mi aprendizaje, en el colegio fueron cosas que tuvieron contacto con lo cotidiano. Cuando empezaron a enseñarme la teoría

del movimiento rectilíneo uniforme y me hicieron aprender fórmulas y cosas de esas, yo no entendí para qué servían los conceptos. Luego, “cuando fui al laboratorio de física y de electrónica y me cogió la luz, ahí sí supe qué era hacer una conexión eléctrica”. Entonces, es solamente a través de la experimentación, de ese sentir la vida, que uno aprende.

—¿Lebenswelt?² — repuso Luis Eduardo.

—¡Así es! El mundo de la vida —dijo satisfecho Sanabria. Me parece que pensar en el mundo de la vida, es decir, la cotidianidad, recompone las pedagogías: pensar y sentir lo cotidiano permite que uno enseñe de una manera muy distinta como tradicionalmente se ha enseñado. Ir más allá de los conceptos, las teorías, o de las competencias que están tan de moda. Es experimentar, es jugar. “Más que explicar es implicar”. Entonces implicarse es aprender desde carpintería hasta música. Creo que si un matemático no es capaz de relacionar todo con...

Un viento frío entró en la oficina cuando el asistente de Sanabria interrumpió la entrevista. —¿Desean tomar algo? —dijo el joven. Sanabria y los frailes clavaron sus miradas inquisidoras sobre Andrés, el joven tomó la solicitud y desapareció.

—Decía que si un matemático —reanudó Sanabria la conversación— no es capaz de relacionar todo con las matemáticas es un mal matemático. Más aún, un buen físico dialoga con un teólogo, un buen teólogo dialoga con un buen sociólogo, no se encierran en su disciplina. “El especialista que hoy llamamos especialista, antes lo llamaban hombre de mente estrecha. Nosotros somos especialistas y nos hemos inter-especializado y lo que hacemos es estrecharnos”.

Cuando uno está con una persona y dice: “yo no sé de eso porque esa no es mi especialidad”. ¡Entonces qué carajos!

2 El mundo de la vida “Lebenswelt” es un concepto importante en la fenomenología de E. Husserl, tanto como el de horizonte y epojé. El mundo de la vida, es el mundo de la cotidianidad. Es la esfera, el horizonte espacio-temporal en el que acontecen las vivencias, las acciones y todos los pensamientos humanos de manera espontánea e irreflexiva (Melich, 1994, p. 71).

—Dijo, dando un fuerte puñetazo a la mesa.

—Si usted es médico y no me puede atender, ¿por qué no tiene la especialidad? Llegamos a veces a unas cosas caricaturescas, inclusive no solo pasa el terreno de la medicina, sino de la medicina veterinaria. Recuerdo que tenía un gatico que pasó por todos los veterinarios habidos y por haber y nadie dio con la enfermedad, casi que decían que tenía cáncer y resulta que tenía cera en los oídos. Es decir, algo tan elemental que ningún veterinario pudo saberlo —salvo un viejito, veterinario general de los que ya no hay— porque ahora todos están especializados.

Recuerdo las palabras del viejo veterinario como si las hubiera dicho ayer “el gato tiene una otitis severa”. Y le sacó grandes bolas de cera. Evidentemente, el pobre animal no podía oír y se desesperaba y se rascaba pero nadie vio, y se le inflamaron los cachetes, entonces nadie dio con la enfermedad porque como todo ahora es exámenes y escáneres, pues eso no sirvió para un carajo. Entonces, lo cotidiano es eso: es el día a día, es el aquí y ahora. Es un saber práctico.

Grandes risotadas se escucharon en la oficina del Director del Icanh, cuando el hombre narró la historia de su sufrido gato. Andrés Rubiano apareció con las bebidas solicitadas, las distribuyó correctamente y volvió a desaparecer.

—El sentido común se ha desvanecido en la escuela, doctor Sanabria ¿Qué es lo cotidiano para los jóvenes de hoy? —Interpeló Luis Eduardo.

—El sentido práctico tiene que ver con cosas del sentido común. Entonces, una vez más la escuela, el colegio, la universidad tienen que pensar que nuestros muchachos y jóvenes también han integrado otras dimensiones de lo cotidiano, la realidad virtual. Creo que un componente muy importante es ver cómo lo virtual hoy intercepta también lo cotidiano, estamos ahí metidos. “Ojalá que dentro de la conferencia que les dé les pueda hablar también de esa realidad virtual que está interceptando cada vez lo cotidiano”. Si dejamos el dispositivo móvil en la casa —prosiguió— se nos daña el día, tenemos que devolvernos

por él. Eso quiere decir que el celular es una prótesis más, ya está integrado en lo cotidiano. “Estos bichos, nos permiten a todos –dijo exhibiendo su Iphone 5– responder los mails desde cualquier sitio, ya ni siquiera se necesita entrar al computador, lo hacemos desde el Iphone o el iPad y pare de contar”. Los dispositivos electrónicos ya están en lo cotidiano “es más, hay personas que están orinando y contestando a la vez, ya es la caricatura, parecemos corredores de bolsa, pero esa es nuestra realidad”. Todo ello, es invención de lo cotidiano, entonces me pregunto ¿Cómo lo cotidiano se nos volvió virtual?

—Doctor, Sanabria ¿La especialidad de cada maestro, incluso de la misma escuela, no es un obstáculo para hacer de lo cotidiano la directriz que oriente el quehacer educativo? —dijo Rubén Darío.

—Claro. El problema es que los saberes especializados se han vuelto como la torre de babel, “autistas: no se oyen, no se comunican, no dialogan”. Si por ejemplo, el profesor de sociales no dialoga con el de matemáticas ni con el de literatura, y peor aún, no descubren que el motivo de este diálogo es el alumno, estamos mal. Es decir, si no se logra conversar del estudiante problemático así como del muy pilo es como si no encontráramos los puntos comunes para dialogar, cada quien va por su lado y, entonces, la metáfora de la torre de babel cobra vigencia. Ese es uno de los problemas de la especialización y de la hiperespecialización curricular. Me parece que hay que buscar en la escuela esos encuentros, esos entronques, entre unas disciplinas y otras.

Ahora bien, en la universidad nos damos cuenta que la formación disciplinar: antropólogo, sociólogo, economista, arquitecto ya está mandada a recoger también. El gran trabajo de investigación contemporáneo, hoy día, se juega en lo inter y transdisciplinar. Es decir, es en un diálogo de saberes. Si el geómetra no dialoga con la persona que enseña biología, pues entonces hay algo que no está funcionando. Entonces, es muy importante lograr esos entrecruzamientos. Michel de Certeau usaba una palabra que me gusta mucho “*entre les croix*, es decir, entrecruzamiento”. Si los saberes no se entrecruzan, no se interceptan,

no dialogan entre ellos, estamos generando un ente autista. “Pueden haber personas que saben mucho de ecuaciones diferenciales, pero las arrolla un carro o no saben cocinar ¡eso es terrible!”

—aseveró moviendo la cabeza— Luego, cogió el vaso con agua que su asistente le había traído minutos atrás, tomó un gran sorbo, colocó de nuevo el vaso sobre la mesa, su mirada profunda se posó en los tres dominicos quienes no ocultaban la fascinación frente a su relato, y continuó.

Los saberes tienen que entrecruzarse y dialogar entre sí. Ello exige de un trabajo pedagógico con los maestros, pero exige también toda una base de reformas a nivel del Ministerio de Educación Nacional. Cuando uno mira la manera como sistemáticamente se ha organizado la educación en Colombia, entonces, se requiere toda una gran reforma. Pero antes de que llegue la reforma del Ministerio, la escuela puede dejarle una impronta al MEN y puede ir jalonando esos procesos — finalizó.

Los frailes se sintieron complacidos, agradecieron a Sanabria por la entrevista concedida y acordaron volver a verse el 15 de febrero en el foro educativo. Minutos después, los tres religiosos degustaban unas onces en el café Juan Valdés, en el Centro Cultural Gabriel García Márquez. Allí acordaron el nombre de los maestros del “Santoto” — como cariñosamente le decían todos los tomasinos al Colegio Santo Tomás de Aquino— que participarían en su trabajo de investigación y se marcharon para el convento.